



**NOSOTROS
LOS
CHILENOS**

5



**ASI TRABAJO
YO**

**LOS PICASALES DE VALPARAISO
LOS TRABAJADORES DEL COBRE DE SEWELL
LOS ORGANILLEROS Y LOS BOMBISTAS**

Colección: NOSOTROS LOS CHILENOS

Serie: COMO TRABAJAMOS.

ASI TRABAJO YO

"ASI TRABAJO YO" (Tomo II)

**Por Juan Emilio Lafontaine
Mario Thomas
Rodrigo Atria
Adriana Silva**

**EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU
LIMITADA.**

**Avenida Santa María N.º 076, Santiago de
Chile. Casilla 10155.**

Inscripción N.º 39419. Primera edición, 1971.

**Arte y diagramación: ROSARIO TORRES
PEREIRA.**

**Fotos: POOL DE QUIMANTU. MARIO SAN
MARTIN Y CARLOS TAPIA.**

**Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de la EMPRESA EDITORA NACIONAL
QUIMANTU LTDA., Bellavista N.º 0153, en
el mes de noviembre de 1971.**

**Edición de 50.000 ejemplares. Eº 12. Recar-
go aéreo: Eº 0,50.**

**Director de la División Editorial: JOAQUIN
GUTIERREZ.**

Jefe del Departamento: ALEJANDRO CHELEN.

Director de la colección: ALFONSO ALCALDE.



INDICE

LOS TRABAJADORES DEL COBRE DE SEWELL, por Mariò Thomas y Rodrigo Atria	9
LOS PICASALES DE VALPARAISO, por Adriana Silva	49
LOS ORGANILLEROS Y LOS BOMBISTAS, por Juan Emilio Lafontaine	79



LOS TRABAJADORES DEL COBRE de SEWELL

MARIO THOMAS G.

RODRIGO ATRIA B.



Es cuestión de tomar el micro en el mercado de Rancagua y cruzar la Panamericana para encontrarse ahí no más, a unos pocos kilómetros, con la cordillera y darse cuenta de que con esas cumbres de roca grande que tiene, todas nevadas, parece querer demostrarle al hombre que es un ser de este porte, minúsculo, impotente, que si se pone a nevar más de la cuenta, que si se descarrila un vagón, que si resbala el tren, que si se desprende un peñasco, que si... El hombre está solo, aunque vaya en multitudes, está perdido, no tiene nada que hacer sino que rodar cuesta abajo, helarse de frío o morir aplastado por un carro, como si nada, porque nada o casi nada se siente el hombre en ese lugar, apabullado, aunque no lo quiera, se le bajan los humos de la cabeza, se siente inferior. Y más aún cuando con su torpeza habitual construyó el tren, que lleva de Minero a Sewell, de trocha angosta, los carros chicos y las locomotoras también chicas, como para resaltar el contraste ese que hay entre la inmensidad, las quebradas y despeñaderos, los picos y roqueríos tapados de nieve, con el minero, el trabajador del cobre, el hombre en general, que hace esfuerzos por ganarle un poco a la tierra todos los días, en la superficie o metido en la mina.

Que sumados se la pueden para derrotar a la roca, que quizás multiplicándose en ciento, doscientos, hasta mil obreros, que viajan a cada momento en el tren, pueden hacerle frente a esa inmensidad natural, es la esperanza de ellos.

Pero parece sólo esperanza.

—Como cuando yo estaba en la estación descargando un carro con frutas, porque teníamos negocio nosotros en Sewell —recordaba Manuel Jeria, treinta y tres años, trabajador de superficie en la mina El Teniente—. Entonces pasó un maquinista, quedó frente a frente a donde estaba descargando el carro con frutas. Iban muchos amigos míos en el tren. Familiares parece que también iban. . . Cuando al rato llega un auto. . . No, llaman por teléfono primero. Entonces el despachador del tren, en este caso el jefe de estación, que es amigo mío y hemos salido a cazar juntos tórtolas, me dijo: ¡puchas, se dio vuelta el tren! Bueno, no era ninguna novedad, porque se había estado dando vuelta el tren seguido, todos los días casi. Se daba. . . , se dio vuelta en la Escuela 10, se dio vuelta frente al Zepelín, en la Junta también se dio vuelta, pero sin mayores consecuencias, porque más que nada se tumbaban los carros y con poca velocidad, como el tren no corre fuerte. . . ¡Ah!, se me olvidaba, también hubo en Palumo. . . , ahora el de Agua Dulce, pero en este caso fue todo lo contrario, porque el tren, unos coches, el convoy llevaba unos carros con mucha carga, mucho peso y más encima los carros de atrás con mucha gente también. Entonces se arrancó la máquina, se arrancó, no fue capaz de sostener el convoy ese. . . Y eso fue lo que motivó el accidente de Agua Dulce. Porque iban a enterrar una guaguüita, entonces los carros pesados para atrás y ese livianito al medio, porque venía al medio, entonces al juntarse, supongamos el tren, al tomar velocidad, trató de frenar y al frenar los carros de adelante pesados y los de atrás pesados, saltó el del medio, ¿entiende?, entonces se dio vuelta ése y empeza-



ron a darse vuelta todos. . . Llamaron por teléfono a arriba. . . , bueno, a él no le causó ni una extrañeza, a este caballero. Me dijo con toda tranquilidad: se dio vuelta el tren. Al rato volvieron a llamar y entonces me dijo: parece que es grave, aquí hay piernas quebradas, me dijo, hay brazos cortados. Entonces, ahí nos alarmamos un poco. Al rato, vuelven a llamar. Era un palanquero. Y yo alcancé a escucharle, ¡ah!, se puede decir hasta con garabatos, que mandaran lo que hubiera porque estaba la crema. Llegó un auto. Venían varias personas malheridas. . . y en ese mismo auto me volví a la Junta, adonde estaba la cosa. Murieron como treinta. Sí, más o menos como treinta fueron los que murieron. Si las personas no se reconocían.

Como todo en Sewell, los accidentes están llenos de contradicciones, la naturaleza, los hombres, la ciudad, colgada allí en las rocas, hasta donde llega el tren de la Compañía después de recorrer las casi dos horas que la separan de Minero, el terminal de los micros que vienen desde Rancagua, enclavado en la precordillera.

—Bueno, es la primera vez, cuando uno recién llega es bonito, es algo completamente fuera de lo común de todo. Yo creo que en ninguna parte uno encuentra una ciudad así —dice Helmut de la Barra, veintinueve años, casado, con cuatro hijas, y que llegó desde Osorno a El Teniente, a la oficina de adquisiciones; ahora es secretario del departamento de seguridad.

”Una ciudad así como un campo de concentración, donde los edificios numerados de cuatro pisos, los camarotes, como les llaman, son



Las tareas en el interior de la mina requieren el trabajo de cuadrillas en las que cada uno de sus miembros atiende un aspecto del delicado proceso extrac-

tivo del mineral; los mineros trabajan en equipo con riesgo permanente para sus vidas.



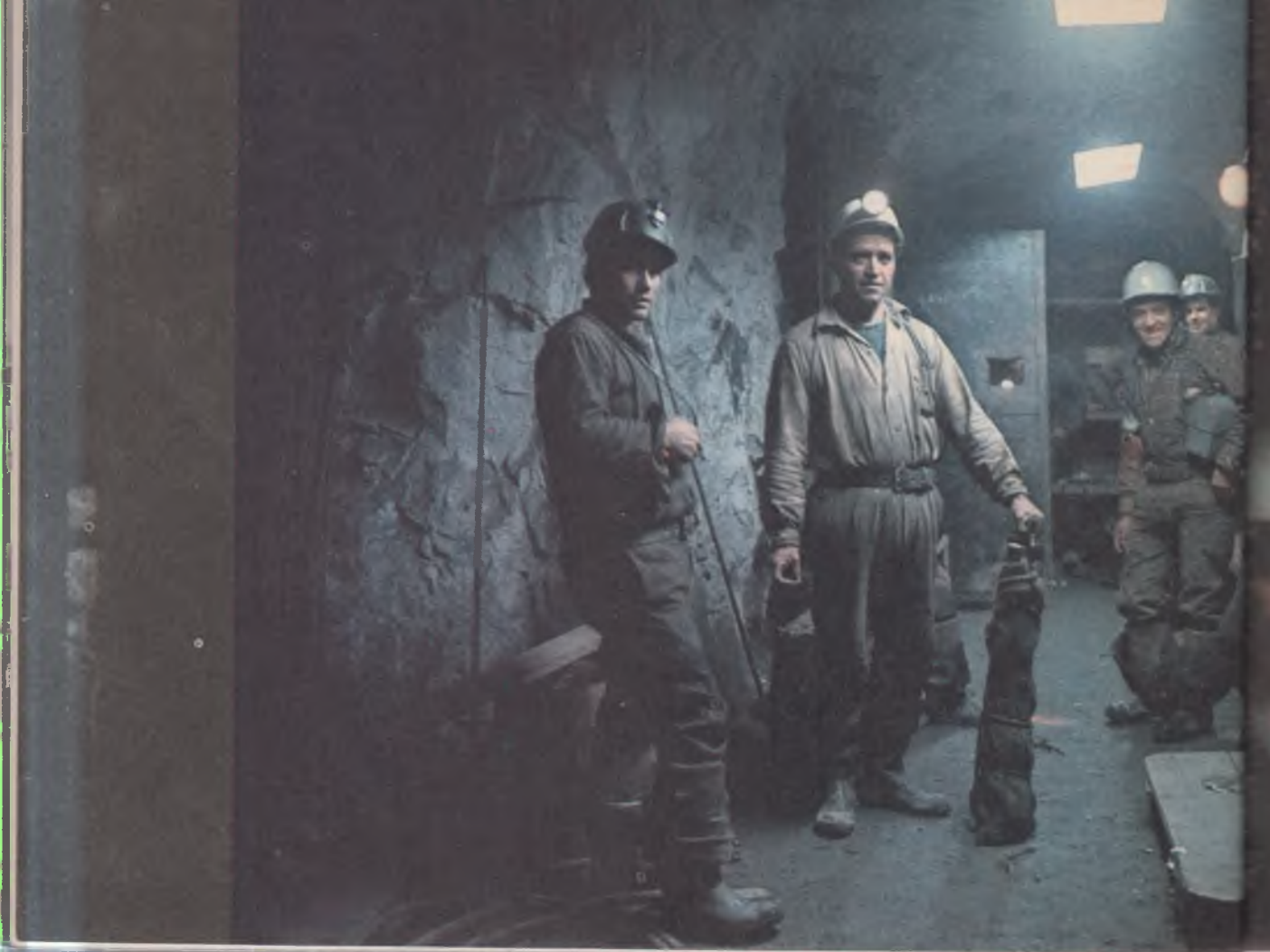
más cajas de fósforos que edificios de cuatro pisos. Y están el uno, el cincuenta y tres y el doscientos noventa también. Porque así se reconocen, por los números, y entonces... del cuarenta y cuatro doble hacia la derecha y de ahí camine hasta el ochenta y dos, le dicen a uno para ubicarlo. Y todos con esas escaleras y pasillos de madera que los rodean, llenos de camisones de dormir, chalecos y pañales colgados, con la nieve en los techos y en todas partes, de manera que la gente se baja del tren y camina por las escaleras, que reemplazan a las calles, automáticamente a sus departamentos, a sus huecos de dos dormitorios y una cocina que hace de comedor también, si es obrero casado, porque afuera hace frío y por lo menos adentro la calefacción está prendida. Así es que al poco rato las escaleras-calles se empiezan a quedar vacías, hasta que sólo caminan por ahí los obreros que suben a cumplir sus respectivos turnos y uno que otro niño que todavía queda en la ciudad para jugar a los monos de nieve o a lo que sea.

Ya son las dos y media y los mineros del turno de las tres van caminando hacia Punta de Rieles, donde la gente entra en un tren que es idéntico a un carro de carga. No tiene ventanas, no tiene nada, es completamente cerrado como medida de seguridad, para prevenir un accidente en un derrumbe, ya que este ferrocarril eléctrico más sólido, más firme, puede evitarlo.

El tren eléctrico los llevará por diez kilómetros hacia el interior de la mina, hasta el pique cinco, el llamado Teniente Cinco, que es la estación principal, y ahí tienen que meterse al ascensor, a la "jau-

la”, seiscientos trabajadores para repartirse por los diferentes niveles de la mina subterránea más grande del mundo, hacia arriba como quinientos metros hasta el Teniente Uno o hacia abajo otro tanto hasta el Teniente Ocho, el túnel nuevo que hicieron desde donde va a empezar a salir el material, y la gente hacia Colón, la nueva planta, donde se seguirá con el proceso, es decir, todo lo que significa chancado, licuación, filtración.

—Una vez que están dentro de la mina, las cuadrillas van a sus respectivos túneles, que de largo, sumados todos, son como el camino de Santiago a Puerto Montt, más o menos —comenta Helmut de la Barra, mientras manipula la proyectora que les sirve para dar clases audiovisuales sobre la mina—. Cada cuadrilla se compone de por lo general, el cañero, el minero con el oficial. . . , son más o menos como quince que van ejecutando distintas labores. Va el cañero que anda poniendo las cañerías de agua y los tubos de ventilación, ya que el sistema de ventilación de la mina es a través de extractores, que unos trabajan chupando y otros que trabajan echando aire. El agua es para las perforadoras, porque adentro de la mina las perforadoras, los yakles que se llaman, a medida que van barrenando tienen un sistema que va tirando agua ahí mismo. Así no se produce polvo y entonces se combate la silicosis con eso, esta enfermedad que se produce en las minas pero que también ocurre en las plantas, como el concentrador, por ejemplo, donde hay exceso de polvo y usted no es capaz de ver más de dos metros, desde aquí a donde está usted, entonces este polvo llega a los pulmones. Así que por eso es el agua. Después





La vida en las minas de cobre, como la de El Teniente, parece que ocurriera en otro mundo si se la mira con la fácil perspectiva de las ciudades.

está el perforista, el minero mismo, que con el yakle abre los hoyos para introducir la dinamita. . . , aproximadamente debe abrir de siete a nueve hoyos más o menos. Va también el loro que le dicen, esos que se ponen para que nadie pase al lugar donde van a hacer la explosión, entonces esa persona evita que entre gente. . . , evita los accidentes. Los otros son los supervisores, el de seguridad y el del área que se está explotando. Una vez que vieron bien cómo estaba la cosa, vienen los acuñadores, que con unos fierros, unos fierros largos, van tanteando si es que hay piedras que quedaron medio sueltas, pa' que se caigan y no haya peligro de accidentes después. Ahí es cuando entran todos los demás al túnel, los enrielladores que van poniendo los rieles para montar el ferrocarril que saca el mineral, los enmaderadores que van enmaderando el túnel, con unas escuadras de madera grandes, más o menos como de ocho a diez pies de alto. . . y más también, porque después que ya pasa la línea por ahí, eso debe tener como cuatro metros de altura, tres, cuatro metros. . . , y mientras van haciendo el avance, o sea, los disparos, mientras van barrenando y poniendo los cartuchos, que lo hace el minero de avance, porque también hay mineros de pique, que son los que van extrayendo el mineral. . . , mientras van haciendo el avance, decía, son como seis pies de altura que tienen. . . También están los jornaleros que son los más bajos dentro del grupo, los ayudantes.

Así que la cuadrilla se ubica por ahí, en el túnel que le corresponde y empieza su trabajo apenas llegan a la galería, el tope, el fondo, perforando con los yakles los hoyos necesarios para meter los cartu-

chos de dinamita, que van todos conectados por medio de una mecha, la que es encendida desde otro túnel, y mientras se está quemando no hay nadie en la galería. Después se esperan veinte minutos para que entre el departamento de seguridad a chequear si hay todavía piedras, planchones que les llaman, que estén sueltos y eliminar así las zonas de riesgo. Recién ahí, en ese momento, dan el pase para que entren los mineros de pique a extraer la saca o harina, que son los escombros, todas las piedras, todas las cosas que quedan después de las explosiones, la cual es sacada por medio de trenes que se van montando a medida que avanza la excavación.

El mineral que se extrae se lleva en el ferrocarril a los niveles de traspaso, es decir donde existen las buitras, esas especies de gargantas que permiten que pase el mineral de un nivel alto al más bajo, ya que la mina El Teniente es del tipo invertido, es decir, ocupa la gravedad para sacar el mineral de la mina. Y entonces los buitreros van abriendo con "tremendas palancas" las buitras, hasta llenar el tren de carga que hay en el Teniente Cinco si es que se está perforando sobre ese nivel, o en el Teniente Ocho si es una excavación que esté más baja que el pique cinco.

De las buitras, el mineral pasa a unos socavones, que son los lugares donde están las estaciones de trenes de carga, que llevan el mineral hacia el exterior, a Punta de Rieles o a Colón. De allí el proceso sigue en la planta del concentrador, que es donde se muele el mineral a través de una serie de quince chancadores y donde a la vez se le va agregando agua. Así que el resultado de esto es una mez-

ela, una pasta, que tiene un promedio de 30% de sólido, a la que se se le agregan reactivos.

Cuando se agita el líquido, uno de los reactivos ayuda a formar burbujas, en las que se adhieren las partículas de sulfuro de cobre gracias a otro reactivo que pone accitosa la superficie de estas burbujas. Después que se hace esta primera etapa de flotación, la mezcla tiene un 20% de cobre. Cuando finaliza la molienda, la pasta tiene un 33% de cobre.

Esta pasta, antiguamente, pasaba a unos capachos que atravesaban siete kilómetros de quebradas hasta llegar a Caletones. Ahora este transporte se hace a través de tubos en los que se inyecta aire a presión, de modo que esta pasta llega con rapidez a Caletones, donde está la fundición. Aquí empieza un proceso que consiste en eliminar todas las impurezas, todos los líquidos, en los hornos tostadores, para que quede nuevamente un polvo con 36% de cobre, el que ha perdido gran parte del azufre que contenía y que luego pasará a los hornos de reverbero, hornos de fundición, donde se eliminarán los minerales estériles, fundiéndose el cobre. La escoria, impurezas que quedan de aquí, es desechada. La combinación del cobre, fierro y algo de azufre que ha quedado, el "cje" que le llaman, es llevado a los convertidores, donde aire a presión se encargará de desprender el azufre en forma de anhídrido sulfuroso. De nuevo la escoria que se forma se desecha. El "cje", ahora con un 99,4% de cobre puro, llamado blíster, es exportado. A una parte de este cobre, en los hornos de refinado, donde vuelve a soplar el aire a presión, se le eliminan definitiva-

mente las últimas impurezas y, más tarde, en los hornos, con grandes troncos de eucaliptos que son combustionados, se purifica, sacándole el oxígeno que hay dentro del cobre, quedando con un 99,92% de cobre puro.

Pero la extracción del mineral no es así como así. Tiene muchas dificultades, muchos problemas más y muchos peligros, tanto en la mina como en la superficie. Ahora último no más, ha habido dos accidentes fatales, accidentes por caídas de planchones, rocas más o menos de una tonelada que habían sido acuñadas, pero que no habían caído. De manera que entró un supervisor a chequear las zonas de riesgo, incluso sacó a un personal que estaba trabajando, y cuando estaba saliendo de la galería se desplomó el planchón, lo pilló y lo mató instantáneamente.

Hay accidentes por explosivos también. A veces, cuando se quema la frente, quedan pedazos de rocas que tienen partes de cartuchos o cartuchos enteros de dinamita sin estallar y cuando el minero de avance va a perforarlos para que se quiebren y puedan ser transportados con más facilidad, los yakles topan la dinamita y estalla.

Antes, eran cosas de todos los días los accidentes de gases. En las galerías que ya no se ocupaban porque la pureza del cobre ahí era muy baja, o simplemente ya se habían explotado en su totalidad, se acumulaban gases por falta de ventilación, como el sorocho por ejemplo, que producía desvanecimiento y terminaba por ahogar a la persona. Por eso es que ahora se prohíbe que un minero ande solo por la

Sewell es una pintoresca ciudad - camarote, construida para los mineros de El Teniente, cerca de Rancagua, que impresiona por su seca belleza cordillera.



mina. Además, después de cada explosión, Seguridad entra a la zona de explosiones con detectores de monóxido de carbono, que es el principal problema después de cada explosión, y con lámparas de carburo, cuando falta ventilación. Pero también han ocurrido otros accidentes graves:

—Como fue ese incendio en la mina —dice Manuel Jeria—. Estaban trabajando en la fragua y no sé qué material fue el que se incendió, ¿entiende?, pero el gas que produjo asfixió a la mayoría de la gente. . . Trescientos sesenta y cinco murieron. . . Hubo muchos problemas para sacar el gas de la mina y estuvo paralizada durante algunos días. Los que quedaron con vida, se salvaron con mangueras de aire que les daban. Dejaban correr el aire y de esa manera se salvaban. A los muertos los enterraban en la nieve no más, ya que tantos no cabían en los carros. Así se entierra la gente en Rancagua, los llevan en tren, con un carro mortuorio y en el carro mortuorio viajan nada más que los familiares y amigos. Ese carro se agrega al convoy de pasajeros. Porque el cementerio de aquí de Sewell es para los niños, para los que fallecen en los hospitales, para los que nacen muertos.

Es por estos riesgos de accidentes que el departamento de seguridad, en tiempos en que todavía estaban los “gringos”, instauró premios en relojes, ternos, zapatos, cosas así, para los que completaban cierto tiempo sin accidentes.

A pesar de todos esos peligros y problemas, a los obreros les gustó entrar a trabajar en la empresa, porque sabían que el nivel de vi-

da, el nivel económico era bueno, el mejor dentro de la clase obrera; aunque tuvieran que esperar, como Manuel Jeria, casi tres años para que les entregaran la solicitud necesaria y entraran como simples jornaleros al principio, a los dieciocho años, edad mínima para poder ser contratado por la empresa. La edad máxima es de cuarenta años. Así, las expectativas son buenas, mensualmente de siete a diez millones de pesos como obreros, veintidós millones llegando a supervisor, además de bonos y gratificaciones.

—De momento que uno dentro pa'dentro, ahí ya es un bono que se está ganando, pero éste lo tienen nada más que los que bajan a la mina, no los obreros de superficie. También tenemos la hora minera que se llama acá, que por el hecho de entrar media hora antes nos pagan una hora más, de acuerdo a la base del sueldo que uno gane.

O asignaciones:

—La asignación casa. . . Yo al pertenecer a la empresa y tener casa por intermedio de Corhabit o como quiera llamárselo, porque en otras oportunidades era Corvi y Braden, pero como ya la empresa pasó a estatizarse, ahora todo depende de Corhabit. Entonces nosotros al tener casa acá en Rancagua y trabajar aquí en el mineral se nos da una asignación que consiste en plata. Al casado y al soltero que tenga madre viuda también se le da esta asignación. Existe otra asignación que es la asignación por nacimiento. . . ¿Cuánto es, Purita, la asignación? —grita Manuel a su cuñada—. ¡Ah!, no está, la Purita está

allá adentro. Deni, pregúntale a la Purita cuánto es la ayuda por asignación de casamiento —le dice a una de sus hijas—, aunque parece que son quinientos escudos. Hay otra ayuda que se da cuando el hijo de uno está haciendo el servicio militar. Pero es muy poco, algo de cincuenta escudos mensuales. Tenemos también la asignación de funeral. Esa es bastante buena, porque se paga. . . , se costea en su totalidad el funeral. O sea de primera, porque por lo general son de primera todos los funerales por acá.

Sin embargo, a pesar de todas estas regalías, antes llevaban una vida llena de restricciones. Hasta no hace mucho tiempo, por ejemplo, los gringos no les permitían bajar a Rancagua, a pesar de que muchos mineros tenían a sus familias viviendo allí, ya que conseguirse casa en Sewell no era cosa fácil. Manuel Jeria estuvo esperando más de tres años que le dieran una casa, y mientras tanto, su familia en Rancagua, y él viviendo en los “camarotes” de soltero, de a veinte departamentos por piso y de a seis obreros por departamento, sin baño, porque los baños estaban en los pasillos, dos para mujeres y dos para hombres, en cada piso.

—Y sin embargo, sólo teníamos bajada cada quince días, podíamos bajar cada quince días a Rancagua, cada quince días se nos ponía un excursionista y se nos daba un pase. Al que lo pillaban bajando sin el pase, los serenos lo largaban del tren, donde fuera, y tenía que volverse a pie. . . si podía. Después, a través de luchas gremiales, conseguimos cada una semana y ahora usted ve que estamos viajando

todos los días. Desde hará unos cuatro meses, desde que recibimos estas casas aquí en Rancagua. No, mucho después, porque tuvimos que luchar un poco para poder conseguir que nos pusieran tren todos los días, de subida y de bajada.

Pero el problema de las idas a Rancagua no está enteramente solucionado, por lo menos para los turneros, los que tienen un turno especial. Por ejemplo, si un minero es del turno de tres de la tarde a once de la noche y tiene que bajar, entonces debe ponerse de acuerdo con un compañero del turno de las once de la noche a las siete de la mañana, por ejemplo, para que le realice el turno al otro día, o bien, simplemente, cambiarse los turnos, y así uno baja en la tarde y el otro en la mañana. Y esto siempre que los jefes lo autoricen.

Sobre esta cuestión los dos sindicatos, el de empleados y el de obreros, por intermedio de los cuales llevan a cabo sus luchas, se tendrán que pronunciar a través de las asambleas que realizan en locales que cuentan con inmensas salas, como para seiscientas personas sentadas.

Los trabajadores del cobre ven con esperanzas la capacitación que han comenzado a recibir. De cada sección se están mandando oficiales. . .

—¿Cómo decirle? . . . Ayudantes, digamos; adelantados, se entiendo. Antes los teníamos, pero eran más aislados, porque ayer estuve hablando con los cabros de Caletones y me decían que los habían mandado a todos a hacer un curso de empalme de correa en caliente



y después de soldadura, sin ser soldadores y sin ser vulcanizadores. . . , o sea que se está capacitando con más empeño a la gente. Inclusive se les está dando mayor facilidad a los hijos de los obreros que han trabajado.

Y es por esto que los mineros, casi en un 99%, están de acuerdo con la nacionalización, a pesar de que saben que ni de primera ni de segunda podrán recibir salarios muy subidos. Porque ven que ahora

están trabajando por lo suyo y no para una empresa de otro país. Y por eso Manuel Jeria piensa que con los comités de producción no va a ocurrir lo que ocurría antes, de que porque un jefe no estaba a tiempo la pega quedaba parada no más.

—Ahora ya va a pesar sobre nosotros una cosa así, ¿entiende?, ya que va a partir de nosotros tener que solucionarlo. Porque ocurre que uno ve un trabajo que puede estar quedando malo o inclusive ve dónde va a fallar un trabajo, entonces uno, como parte del comité, da cuenta a sus superiores y si los superiores no entienden lo que uno trata de explicarles, bueno, uno ya tiene un poco más fuero como para ir al sindicato y denunciarlos, ¿entiende?

Y todas estas nuevas responsabilidades tienen que ir acompañadas de una correspondiente disciplina.

—Porque el caso ese, de ese minero que ustedes vieron, que había faltado quince días a trabajar —comenta Miguel Ramírez, treinta años, casado, y con cuatro hijas que viven con su esposa en Rancagua, mientras sube las escaleras para entrar a la mina, porque ya está en la hora de su turno—, yo creo que lo van a cortar, a menos que demuestre que estaba enfermo o una cosa así. Porque sin aviso, por una falla... , una falla no es nada, pero ya dos fallas, estamos cortados. Tenemos que comprobar por qué no fuimos a trabajar, con cualquier certificado, ya sea médico, del juzgado, en fin... , es que es una cláusula que hay en el contrato. Nosotros sabemos de

antemano que si fallamos dos días en nuestro trabajo, sin aviso, sin certificado, estamos despedidos.

Y la verdad que esto de las enfermedades es algo bastante común dentro de los mineros, porque el viaje que tienen que hacer permanentemente les significa tener que arriesgar el pellejo todos los días y, por lo tanto, ya no viven con la tranquilidad de antes. Por ejemplo, Manuel Jeria anda “desenchufado”, según él, desde hace cuatro meses.

—Un día sin ánimo de trabajar. . . , ¿por qué?, porque no se duerme lo normal, no se come a las horas, porque en la mañana nos levantamos a las cuatro y media y a esa hora yo creo que nadie debe amanecer con apetito. Usted mismo si se levanta a esa hora no va a amanecer con apetito. Entonces, arriba choqueamos nosotros, llegando a Sewell. Allá comimos unos dos sánduches y una taza de café. Y ahí esperamos las doce, que es la hora de la colación. Ahí en la colación, en la choca, bueno. . . , en este tiempo todavía se puede hacer una choca, se puede llevar una choca, digamos, se puede llevar cazuela, leche, o bien una ensalada, un pedazo de carne y un termo de café y fruta. Pero ya más al verano vamos a tener problemas, porque con la calor se nos va a echar a perder, más todavía cuando se prepara el día anterior. Nosotros hacemos, entonces, dos comidas en el día antes de llegar a Rancagua. Llegando acá, bueno, la señora me tiene que tener almuerzo. En realidad, pa'l viaje se requiere un buen almuerzo, por lo menos no falla nunca la carne y bastante leche. En realidad,

se come bien, por lo menos da para comer bien, pero el problema está en las horas, porque uno llega a almorzar a las siete, ocho de la noche.

Con el consiguiente problema para la señora, que antes, como él era piteado, o sea trabajaba de pito a pito, de ocho de la mañana a cinco de la tarde, a veces llegaba a las doce.

—Almorzábamos todos —dice su esposa, Ana—; a veces llegaba a las onces, entonces comíamos, hacíamos unas onces comida. Y aquí no, tengo que prepararle a él aparte, en la mañana, a las cuatro y media cuando se levanta y después tengo que preparar para los otros y en la tarde cuando llega.

Hay otro aspecto, además, en estos viajes de todos los días de Rancagua a Sewell, como de seis horas ida y vuelta, que es el cambio de clima. Y esto es otra causa de enfermedad y “desenchufe” para los mineros.

—Un día va bien abrigado, porque en Rancagua hace frío, y resulta que llega allá arriba y hace un tremendo calor. Deja un poco de ropa arriba, llega acá abajo y hace un tremendo frío. O sea que día por medio mi marido anda resfriado. Y si a esto le suma la falta de sol... Si se fija usted en los mineros, todos son pálidos, sombríos, porque pasan todo el día en la sombra. ¿Cuándo van a tener tiempo de tomar un poquito de sol, si salen a las cuatro y media de la mañana, los piteados, y llegan de regreso a las siete y media de la tarde? Se van cuando no sale todavía el sol y llegan cuando ya se ha entrado.

Quizás a esto se deba que las caras de los mineros sean tan diferentes a la entrada que a la salida de la mina. Cuando entran, van como si los fueran a meter a la cámara de gases para ser ejecutados, subiendo lentamente las escaleras, la cabeza gacha. Cuando salen pareciera que vinieran de una película de Peter Sellers, casi corriendo por la escalera abajo y con la carcajada a flor de piel.

—Yo —dice Manuel Jeria— habría preferido seguir viviendo allá, siempre que a la larga hubiera tenido la oportunidad de tener una casa como ésta, con tres dormitorios más o menos, un baño de regular tamaño, pero bien implementado, una cocina con todo lo necesario, un living-comedor bastante grande y su jardincito, pero no venirme tan rápido, ¿entiende? Me hubiera gustado tener esa casita aquí, irla encachándola de a poco, pero estando yo allá arriba. . .

—Antes, vivíamos la mayoría acá. Ahora es muy poco lo que está quedando —dice Miguel Ramírez, pensando que tal vez las casas de Sewell pasarán a ser ahora, quizás, un regimiento, o las irán a arreglar, les irán a poner camas para el que quiera quedarse o deba quedarse porque hay trabajo urgente que ejecutar y entonces no pueda salir a la hora para tomar el último tren que sale a las cinco de la tarde—. Vivíamos alrededor de sus siete mil, diez mil personas, incluyendo todo, me refiero yo. Sí, porque los que trabajábamos eran algo de nueve mil, entre empleados y obreros, en tres turnos, pero el principal, digamos, es el turno A, que es de las siete de la mañana a las tres de la tarde en la mina. Después viene este al que voy entrando yo, que es de las tres de la tarde a las once de la noche y ahí dentro el de



SEGURIDAD ANTE TODO
NO SUBA NI BAJE DEL
CONVOY CUANDO ESTÁ
EN MOVIMIENTO.
SE PROHIBE VIAJAR EN
LOS CARROS LLEEROS
-CUIDADO CON
EL TROLLEY
AL SUBIR
CONVOY PARA
BENTADA

El Teniente es la mina subterránea más grande del mundo. Los mineros abrazan temprano el duro oficio de extraer el mineral de la cordillera, arriesgando sus vidas para que a Chile no le falte su "sueldo".



amanecida que llamamos nosotros, que es el de las once de la noche a las siete de la mañana. Hay otro que se dentro a las siete de la tarde y sale a las tres de la mañana, porque es un turno especial... , por ser... hay trabajos que se ejecutan una vez termina el turno de amanecida, o sea el turno de trabajo no alcanza a sacar su tarea, ahí viene el turno especial y termina con esa labor. Pero por lo general se origina cuando hay panas, cuando hay así maquinarias que no es-

tán en función. Tienen que quedar turnos especiales a terminar ese trabajo. Pero se queda muy poca gente y casi siempre son mineros, porque ahí el trabajo tiene que ser continuo. No se puede paralizar la mina, así que incluso los fines de semana trabajan los citados, nada más que los citados. Así, el jefe, como tiene su programa de trabajo, pregunta quién es el que quiere trabajar. Los domingos usted sabe que es libre, entonces él consulta quién es el que quiere trabajar y como se gana más el día domingo. . . El domingo es el cincuenta por ciento del sueldo más, entonces algunos quieren trabajar, pero por lo general a la gente no le gusta quedarse. Por ser en un grupo, en una parte, una sección donde trabajan treinta, se cita a los treinta y de los treinta, bueno, ahí habrá algunos que quieran quedarse. . . , que la gente tiende a no quedarse, cuesta, cuesta encontrar. Otras veces hay que quedarse por obligación, porque ocurren pegas de emergencia, como pasó en mi sección. Los soldadores es una planta de molinos, son quince chancadores que están constantemente en funcionamiento, y ya que pase un macho o de esos fierros grandes que pasan de la mina, entonces el chancador muele más o menos, el primero, el de arriba, donde viene la piedra grande, muele como a tres cuartos de pulgada y los secundarios, los de abajo, muelen más o menos como a tres octavos. Entonces ¿qué pasa?, que cuando pasa un macho de fierro de tres pulgadas de espesor, imagínese, como que la pieza entera se suelta, se sueltan las lanas, se quebran los repuestos, hay un sinnúmero de problemas cuando ocurre eso y el desgaste mismo también. Lo peor es hoy día con el problema este que tuvimos en la sección,

debiéramos habernos quedado arriba para solucionarlo. Hubo un chancador que quedó parado, porque si nosotros tuviéramos dónde quedarnos allá arriba no habríamos tenido problemas. Pero viviendo aquí abajo, porque acá abajo vivimos nada más que los piteados, entramos a las ocho de la mañana y salimos a las cinco de la tarde, porque trabajamos media hora más de sobretiempos todos los días hasta el viernes, para compensar el día sábado como sábado inglés.

En cambio, antes de que se construyeran las poblaciones Corvi, las poblaciones del Manzanar y Manso de Velasco, en Rancagua, la mayoría de los obreros del cobre vivían en Sewell. Les daban departamento según fueran obreros o empleados. Los camarotes de empleados eran más cómodos: dos dormitorios, una cocina, un baño y un comedor. También existía el “barrio americano”, bungalows con jardines, recinto privado, prohibida la entrada a cualquiera que no fuera norteamericano, incluso los niños, incluso ni ellos, a pesar de que intentaban jugar con los hijos de los gringos, podían ir a los jardines del “barrio americano”, que tenía clubes privados como el Teniente Club, con piscinas y gimnasios que sólo gozaban los norteamericanos. No había una sola posibilidad de que la juventud de Sewell, que los hijos de los obreros, convivieran con los hijos de los gringos. Tampoco había posibilidades de tener mascotas. Los perros, los gatos, los pájaros, ni se conocían. Solamente existía un boxer, “Duck”, de Mister Morgan, que era el único animal que podía verse en la ciudad.

—Como le digo, el sistema de vida era muy distinto, muy restringido —dice Manuel Jeria—, porque era un campamento donde existían

los serenos de la empresa privada, contratados especialmente para que no se perdieran cosas en la Compañía. Nos revisaban las maletas, no se permitía subir ni una gota de nada. Habían eso sí algunas cosas mejores antes. . . , sobre todo que llegaban cosas importadas, habían buenos regalos para las fiestas, pa' las pascuas se les otorgaban buenos juguetes a los niños, como ese robot a control remoto que yo le regalé a la Ximena y que disparaba y todo. . . y que siempre que lo ponían la Deni se ponía a llorar de puro susto.

Y así los niños conocían los platillos voladores, las estaciones espaciales, antes que los perros, las vacas y los caballos.

—Yo le puedo decir que como a los cinco años vine a conocer los caballos —cuenta Manuel Jeria—. Llegaba aquí a Rancagua y me quedaba como abobado mirando un caballo. Pasaba todo el día en la calle, viendo los vehículos que allá se conocían poco también.

En Sewell era todo así, desconcertante, pero monótono. Para los adultos, por ejemplo, todos los días era lo mismo.

—Mi papá —el papá de Manuel Jeria, que ahora vive en Doñihue—, yo me acuerdo llegaba a las doce a almorzar, llegaba a las cinco, tomaba onces. Después de ahí a leer el diario y a las nueve estábamos todos acostados. Y todos los días igual, salvo los fines de semana que íbamos al teatro.

Y llegaban las tempestades en que las escaleras-calles se tapaban de escalón a escalón, de descanso a descanso con nieve y en donde el viento y el frío bastaban para que nadie siquiera se asomara a las

puertas, más aún con los rodados que había. Así, la ciudad se convierte en cordillera por algún tiempo, hasta con cajas de fósforos flotando, y la nieve de las escaleras no delata ninguna huella de ser humano.

—Como ocurrió para el temporal, en que Helmut de la Barra estaba en el edificio de Seguridad con un compañero de la mina y cuando eran las siete de la tarde de un día domingo. Entonces vinieron a golpear la puerta, una persona que estaba en estado bastante pasado de ebriedad, a pesar de que allá era clandestino el alcohol, pero se vendía igual. Solamente en los días de las Fiestas Patrias y del Año Nuevo se podía vender libremente. Entonces esta persona vino a avisar que un compañero de él estaba perdido en la nieve, porque aquí, bueno, uno se sentaba y en dos minutos estaba tapado de nieve. Esas eran las condiciones como nevaba ese día. Entonces yo le digo a este compañero que yo voy a salir a buscar a esta persona. Y me pongo el casco, porque es lo primero que uno agarra aquí. En todas las oficinas usted va a ver un casco. Agarré uno y salí. Salí y me encontré con una persona afuera, o sea no una persona, sino que vi un guante, entonces yo dije, bueno, cerca de aquí debe estar. Y pasé a tocar el guante, pero resulta que no era un guante, era guante, pero... estaba una persona, estaba tapada, entonces yo la levaté y traté de arrastrarla, pero el viento a uno solo lo bota, lo botaba a uno ese día el viento en la nieve y arrastrando una persona era peor todavía. Además había el peligro de que un rodado nos hubiese tirado. Esto ocurrió justo en la escalera, ahí abajo de la oficina. Entonces

el compañero que estaba allí me fue a ayudar y pudimos traer a la persona aquí arriba y calentarla un poquito con una estufa, hacerle masajes y respiración mientras llegaba la ambulancia, la camilla con los cuatro camilleros que había mandado llamar. Después se lo llevaron al hospital.

Y aun así, a pesar de todo eso y de los temporales, los niños se divertían.

—Bueno, yo pasaba patinando —recuerda Manuel—. Cuando no andaba patinando, andaba cazando en el cerro. Lo que más me gustaba era andar de excursión y el campamento se prestaba porque tenía unos cajones bien bonitos. Los más chicos iban a los juegos infantiles que habían. Se salía a pasear al campamento. Los bailes en clubes, cada club deportivo tenía, digamos, su club social. Estaba el del Sindicato, el Lincoln, el Minas, el Cordillera, el Molino, el del Cobre y muchos otros. Se jugaba fútbol donde está la Yuta ahora, esos espacios grandes donde empiezan los trabajos de la mina. Esa era la cancha de fútbol. . . Ahora, con el plan de la Yuta, ahí se ocupó todo eso. Entonces cada club tenía sede social. Todos los domingos habían bailes en distintas sedes sociales y como allá todo el mundo se conocía, se convivía, las fiestas eran muy buenas.

Y ésa era la única manera. De otra forma, imposible subsistir en ese medio, sin espacio donde los niños pudieran desarrollarse, sin nada de las cosas que tiene la juventud de una ciudad.

—De manera que no quedaba otra cosa —dice Manuel— que aga-

rrarse a bolas de nieve cuando nevaba, entre el sector alto y el sector bajo. O también, ya si no habían grupos habían dos que se paraban en un edificio y, bueno, personas que pasaban se les tiraban sus bolas de nieve. O bien ir los sábados a un baile, no había sábado que no se bailara. Eso allá era de todos los sábados. Los domingos se iba al cine, en la noche ya en una casa, o bien jugar a la lota, al naípe, tele. . . , ir a dar su vuelta al centro, la estación p'arriba, unas cuantas escalas, el camarote cuarenta y cinco hasta el cincuenta y tantos, el teatro, el club de bochas, las tiendas cerradas a machote para protegerlas del viento y de la nieve, *el Staff*. Allí iban a juntarse, a conversar en los pasillos de los camarotes, a pololear bajo el farol de la esquina de la escalera.

Los vidrios de las casas, las ampolletas, todo ese mundo frágil al alcance de un tiro de bola de nieve endurecida, hasta que vinieran los serenos a correrlos, por eso y porque se tiraban de las puntas de los edificios como Tarzán cuando amarraban esos cordeles, para decir que allí también había lianas y árboles gigantescos. . . y nada más real que las rocas que rodean la ciudad.

—También nos metíamos a los molinos a escondida, pero vez que nos pillaban casi nos pelaban. En la mina no, porque en la mina había serenos a la entrada y esas son las únicas que hay. En cambio, en los molinos no, los molinos eran abiertos, así que pasábamos entre medio de las plantas de chancado. No habían partes donde no nos metiéramos. . . y por eso que pasaron muchos accidentes también, porque incluso habían patotas que pescaban dinamita, el cabro chico

El nivel económico de los mineros de Sewell es uno de los más altos de la clase obrera chilena, lo que explica el espíritu gremialista de los trabajadores.

La nacionalización del cobre significa la independencia económica de Chile, de ahí que es importante que los trabajadores asuman con conciencia revolucionaria este paso histórico que hemos dado.





así y la prendían y se tiraban unos con otros en los arenales. Claro que una patota de allá tiraba la dinamita y los cabros arrancaban ahí, y, puchas, la explosión ahí, saltaba la arena p'arriba. Esos eran los más malos que habían antes. Habían otros que cuando subían unos capachos con una mercancía, entonces los capachos tenían un sistema de un perno y ese perno lacea un tope al llegar a su destino, se da vuelta y vacía el contenido. Pero a mitad de camino le tiraban piedras hasta que le pegaban al perno, entonces se daba vuelta el capacho con toda la mercancía. Eran unos capachos que subían del sesenta y siete al cuatrocientos quince, o sea atravesaban por el inclinado allá. . . , tú no los conociste éstos, Purita, los que tiraban la mercadería p'allá, pa'l cuatro quince, pa las palomeras.

Pero eso de voltear los capachos ni importaba. Eso de que se perdiera la mercadería, nada de eso importaba. Sólo era importante jugar, pelear contra los vidrios y los capachos y entretenerse con lo que fuera y como fuera, para olvidarse de que no existían los parques, los perros, las pichangas en las calles ni las bicicletas, aunque hubiera todo lo demás, aunque fuera parecido ir a la escuela en Sewell o en cualquier parte, porque en Sewell hay de todo. . . , había de todo. Había escuelas, colegios completos de diferentes categorías. Incluso eso, distintas categorías. Además del Instituto Chileno-Norteamericano, escuelas técnicas, industriales. . . y, por supuesto, iglesia.

—Mi mujer se llama Ana, y tengo cuatro hijas: Ximena, Deni, Daisie y la Paula. . . A ver, Ana, tráete a la Paulita pa que la vean los caballeros. . .

—Yo lo conocí —interrumpe Ana— cuando mi mamá trabajaba en el Staff. Es un edificio que está al lado de arriba del teatro, entonces abajo limpian ropa. Bueno, en ese tiempo se lo hacían a los puros gringos y ahí yo pasaba con mi mamá y allí él mandó a limpiar ropa. Era muy popular mi marido, muy bailarín, era muy lolo como se diría ahora, muy lolo y muy loco.

—Ahora estoy pagando el pato. . .

—Y así. . . loco se llamaban a los chiquillos que eran muy alegres, traviosos, buenos para el baile, pololos, chiquillo loco. . . y era muy popular mi marido. . . Mandaba ropa después y cuando iba a cazar nos llevaba tórtolas, cosas así de las que pillaba. Y ahí nos fuimos conociendo. Lo conocí más de dos años. Tenía yo quince o catorce años. Nos casamos de diecisiete años.

—Tanto ella como yo. . .

—Fuimos amigos primero.

—Después nos casamos en Sewell. Fue en la noche, fue como a las diez de la noche, fue en privado. El papá no quería que me casara porque pasaba en los bailes, entonces decía que era muy irresponsable.

—Bueno, se temía eso, porque mi madre también pensaba lo mismo porque era muy loco.

—Fue en particular, o sea fue el civil pa la casa. . .

Y cada uno tuvo despedida de soltero y todo, separados eso sí, cada uno en una parte.

—Y después que nos casamos, ella partió para su pieza y yo para la mía, porque yo no tenía dónde llevarla.

Hoy son familia, viven juntos y son una familia. Tienen cuatro hijas, como casi todos los matrimonios de Sewell, cuatro hijas que van al colegio y bailan en las fiestas de los trece años. Van al colegio y juegan al papá y la mamá de nueve, diez años... y juegan a todo lo que los niños de una ciudad común juegan y por eso es que no más quebraciones de vidrios por las guerras de nieve, ni lianas de cordel de las puntas de los edificios, ni guerras a dinamitazos, ni nada... Ahora juegan a lo que juegan todos, al arroz con leche y que se quieren casar, a saltar el cordel y al mandan-dirun, dirun-dan.

Hoy día viven en forma tranquila. Pareciera que buscan, tras la monotonía de un barrio periférico de Rancagua, encontrar los mismos peligros que sufrían a tres mil y tantos metros en Sewell. No les basta haberle hecho pelea a cuanta cosa los enfrentaba en la cordillera. Quieren ahora vencer la desconfianza que les produce Rancagua, para dominarla y sacarle el jugo, como lo hicieron con Sewell hasta convertirlo en la principal fuente de entrada del país, a pesar de que la naturaleza quiso decir otra cosa.





LOS PICASALES de VALPARAISO

POR ADRIANA SILVA J.



Todos los versos se los llevan los marineros con sus velas, sus mares, sus nostalgias, sus humos y sus viajes, pero en la orilla existen hombres haciendo lo posible para que esa poesía navegue. Llámense estibadores, boteros, patrones de lancha, picasales, "huachimanes" y hasta los humildes "bichicumas". Es un abigarrado mundo el que hormiguea en los muelles de Valparaíso. Revolotean por las calles, por las maestranzas, se pegan a los caparazones de los barcos, llenan la bahía con sus martillazos, permanecen allí, como los pájaros sedentarios, arraigados al medio que les provee de sustento.

El gremio más conocido es el de los estibadores, pero existen otros grupos, que laboran en faenas tanto o más importantes y casi desconocidas para los profanos. Es el caso de los picasales.

Los estatutos

Nombre: Manuel Castro.

Nacionalidad: Chileno.

Lugar de nacimiento: Valparaíso.

Edad: 23 años.

Estado civil: Casado.

Profesión: Picasal.

Estos son los datos de un miembro del Sindicato de Picasales y Ramos Similares de Valparaíso, fundado el 8 de noviembre de 1934.

En el artículo 28 de los estatutos, referente a los socios, se puede leer: “podrán pertenecer al Sindicato los obreros que trabajen en la actividad que constituye la base profesional de la Asociación, mayores de dieciocho años de edad”. Para pertenecer al Sindicato se exige estar trabajando en las labores de picasal, pintura, limpieza, rasqueteo o escobillar los barcos.

Este trabajo comenzó con la navegación a vapor. Las calderas, que son el corazón del barco, las llenaban con agua de mar, y por causa de la ebullición se iba formando una capa de sarro como el de las teteras.

—Ahí tiene usted que una caldera con capacidad para sesenta toneladas de líquido, trabaja con una presión de doscientas libras por pulgada cuadrada, entonces el famoso sarro iba disminuyendo la capacidad, aparte que gastaba el doble de combustible. En las paredes de la caldera aparecían los vacíos, globos de aire, hasta que la presión terminaba por hacerla explotar. Ahí entraban las empresas a cambiar las calderas, si es que se lograba salvar el barco, porque muchos se iban a pique. Hasta que un gringo se avivó y con un fierrito, como este que usted ve, empezó a raspar y a golpear despacito, desprendiendo la costra, y así descubrió que el acero aparecía como nuevo. Se le acabó la rabia y nacimos nosotros los picasales; alguien que no fuera de la tripulación tenía que hacer el trabajito.

El que habla es Luis Aravena, sesenta años, con más de cuarenta

oficiando de picasal. Uno de sus hijos termina los estudios secundarios, quiere ingresar a la universidad.

—Actualmente la Marina Mercante tiene cuatro buques con caldera a vapor. Todos barcos carboneros, pero, como le digo, el trabajo está malo. Pasan tres o cuatro meses sin que haya un barco en reparaciones. En todo ese tiempo la familia tiene que seguir parando la olla, entonces el Sindicato de Descargadores de frutas tropicales les da una manito a los que trabajan en la orilla que están refundidos en una lista intercalada. Así es que a veces toman dos picasales, un pintor, un carpintero calafate, pero generalmente suplen el exceso de trabajo con gente sin matrícula a la que pagan mucho menos porque no tienen leyes que los protejan. Pero, usted sabe, la sangre tira, el mar en este caso. Mi padre fue lancharo, trabajaba en cabotaje, que en esos tiempos era transportado en faluchos. Buscar otra pega sería como morir.

Lo que gana un picasal se pacta directamente con las empresas de acuerdo a un tarifado común y con la intervención de un inspector provincial del Trabajo.

—Nosotros estamos afiliados a la Caja de Previsión de la Marina Mercante, Sección Tripulantes y Obreros Marítimos —afirma el presidente del Sindicato, Luis Armando Manzanares—. Según nos manden las compañías, allá vamos a lo largo de todo el litoral. Ya se trabaje en dique o a flote o en ribera, en obra viva o en obra muerta. Claro que la obra viva se trabaja en dique. Consiste en el trabajo

El oficio de picasales es tan desconocido por los chilenos como la palabra que lo designa. Es un oficio heredado de padres a hijos.





de carena, bajo la línea de flotación, donde está todo el peso del buque. La obra muerta la trabajamos instalados en planchas de madera suspendidas por cabos, pero sucede que los cabos y las planchas se mojan y como hay que ir regulando la altura conforme vamos trabajando, resulta que los músculos se acalambrian. Creo que nos iríamos a pique si no fuera que nos amarramos una pierna entre el cabo y la



Los picas a le s
e m p le a n s u s
"fierritos" p a r a
limpiar la c o s t r a
adherida a l
caparazón d e l
barco. El sarro
de las calderas
es el peor e n e m i g o
para la sa l u d
del barco.

plancha. Todavía trabajamos a lo indio. En el Perú se usan las balsas que se descuelgan desde el buque por medio de un andamio. Uno que ya no es joven lo siente más, sobre todo cuando hay que acarrear de un lado para otro las planchas pesadas y los cabos. Por eso digo que somos verdaderos marineros de bahía, y por eso nos duele que nos mantengan fuera de los gremios marítimos importantes. Dicen



El tablón colgando al costado de las amuradas del barco que muestra la foto representa el medio en que transcurre la vida del picasales.

ellos que están en la producción y nosotros en el desgaste. Hasta han pretendido cancelarnos el Sindicato, y eso que vamos a todos los puntos del país donde haya un buque que reparar. Ahí nos tienen, deslizando por las cuadernas, que son las costillas del buque; descolgándonos por las bocas de las escotillas hasta las sentinas, o empingorotados en las chimeneas. Muchas veces trabajamos en las sentinas, dentro del barco pero bajo el agua, en la sala de máquinas entre nubes de vapor. Porque no sólo hay que picar la costra de sal de las calderas, hay que picar el óxido de los estanques de petróleo, del agua dulce, de acetona, de vino, de lastre, de lo que venga. El buque descarga y ahí quedan los estanques con su capa de moho y hay que picar y rasquetear y pulir para mantener su conservación. Vivimos agarrados de las rejas, que son las cadenas del anclaje; de los barraganetes, que son el costillar del barco, o de las boyas o del anclaje mismo. La arboladura se trabaja en tabloncitos o balsas en la atalaya a veinte metros de altura. . . y resulta mejor no mirar para abajo. Cuando se trabaja con bodega abierta es mucho más peligroso. Así han caído picasales desde veinte metros y han ido a parar al fondo del buque, convertidos en un molusco, sin hueso bueno. Ese fue el bautizo mío —continúa recordando Manzanares—. Fíjese el tiempo que hace de eso. Me acuerdo que se reían porque era delgado, pero era ágil y había que ayudar a la familia. Entonces me dieron un cabo, un balde, el martillo, la rasqueta y un martillo de peña. . . y vamos subiendo como un acróbata de circo. La verdad es que la profesión no se terminará nunca de aprender, ya que hasta ahora no se ha inventado



El trabajo de un picasales consiste en pintar, limpiar, rasquear y escobillar los barcos. Es una tarea agobiadora, mal pagada y peligrosa.

la pintura que proteja al barco que navega, y aunque nos digan que se va a inventar la panacea contra el moho, no lo creemos, ya que bastan apenas dos años de navegación para que el óxido llegue a un cuarto de pulgada sobre el casco. Hay veces que las compañías, por economizar, ordenan pintar el barco sin que se haya picado ni pulido, entonces se forman globos en la pintura, que al romperse sueltan un líquido amarillo y una vez seco se come las planchas de fierro. Es para la risa, porque, a pesar de la ciencia y de la técnica, los picasales seguimos con nuestro trabajo y llega a parecer ridículo que estos inmensos objetos flotantes estén a expensas de este pobre viejo con su rasqueta y su martillito haciéndole cosquillas por todas partes. —Agrega Manzanares con orgullo—: Hasta donde puede resultar fatal el riesgo de no reparar un vapor se lo dice el naufragio del *Santa Fe*. Ese buque estaba podrido; estuvo un mes antes en proceso de reparación; bastaba golpear las paredes para que se desprendieran planchones de material oxidado.

Interrumpe un testigo:

—No hable así, compañero: lo que pasó es que al vapor ese le habían hecho un agregado, como quien dice para aumentarle el tonelaje, y llevaba dos estanques laterales de lastre porque iba vacío y ahí fue donde se partió por la mitad.

—Claro, es cierto lo que dice el compañero Aravena, que al buque no lo repararon y estaba mal conservado. En fin, eso ya es cosa del pasado. La pega del picasal es muy caprichosa. Algunos gremios di-



cen que por el hecho de que el barco esté en reparaciones, ya sea en el dique, a flote o en ribera (esto es, cuando las compañías arriendan los sitios y se trabaja en tierra firme), ellos pierden porque no hay estiba; pero nosotros decimos que más van a perder si los barcos entran al desguace, y quedan como animales varados, dados de baja. Al poco tiempo, si no es por los “huachimanes”, los piratas de la bahía empiezan a sacarle el alma de a pedacitos y lo venden hasta no dejarle nada más que el esqueleto... Cuando hay trabajo, el



tiempo de la carena en la línea dura cinco días, y dejarlo nuevecito, desde las sentinas hasta los estanques y toda la parte de arriba, nos lleva veinticinco a treinta días, trabajando en turnos de ocho horas. Después viene la pintura anticorrosiva. El salario medio que le ganamos es de sesenta escudos al día, pero a esto hay que descontarle las cuotas del Sindicato y las leyes sociales, que son del 20%, y aquí hay compañeros que le tienen seis y siete chiquillos que mandar a la escuela.



Todos son hombres de mar, enjutos, morenos, casi cetrinos, de aspecto enfermizo y envejecidos. No es lo mismo que disfrutar los aires marinos bajo las carpas playeras, o confortablemente instalados en cabañas acogedoras, añorando mares de otras latitudes.

En la amplia sala de reuniones del Sindicato de Picasales se destaca una vitrina donde se guarda el estandarte del Sindicato: campo de raso azul celeste, en el centro de un barco, y, superpuestos, los elementos de trabajo: un martillo picador y una brocha. Hay también otros instrumentos, una escobilla de alambre, una rasqueta, y la herramienta primitiva de los picasales: una lima encorvada con filo de formón, llamada rasqueta de uña.

—Este instrumento que usted ve aquí —asegura Manzanares— lo guardamos como una reliquia: con él trabajaron nuestros mayores. Cuando se creó el Sindicato, y éstos eran los buenos tiempos, llegó a haber ciento ochenta picasales. Ahora sólo quedamos treinta y nueve. Antiguamente el trabajo era encargado a contratistas, que a su vez buscaban la gente apropiada. La mayoría eran niños, claro que siempre gente de la orilla. Algunos bajaron de los cerros y no volvieron más, pero el abuso de los pirañas era grande y, como no se podía prescindir de nuestro trabajo, se llegó a la creación del Sindicato, que comenzó perteneciendo a la Cámara Marítima. Después aparecieron los intermediarios, imagínese nosotros haciendo el trabajo y los pirañas ganando la plata que les venía en gana, y nos soltaban cuatro migajas, hasta que el año 43 nos independizamos. Ahora trabajamos para diversas compañías marítimas, pero a nosotros nos llaman al úl-





El picasales es un hombre característico de nuestro pueblo, resumen de sus esperanzas y frustraciones. Tienen familias numerosas que mantener con un sueldo a veces de hambre.



Un picasales es por naturaleza un acróbata; su trabajo le exige conocer el barco como la palma de su mano: no hay rincón que deje sin martillar.

timo, aunque también le hacemos a la estiba. En cambio ellos no pueden hacer el trabajo nuestro, somos verdaderos marineros de bahía, conocemos los vericuetos del barco como cualquier grumete y cuando estamos encaramados como pájaros, rascando y picándole las castillas al buque, no se crea que subimos por la escalera real... El picasal no puede dejar de existir, muchos de nosotros somos hijos y nietos de picasales, porque el trabajo se hereda. Desde antes de la guerra del 79 que existimos, fijese. ¿Se acuerda de la revolución del 31? Bueno, en ese tiempo deportaron a Marmaduke Grove a la isla de Pascua. Me acuerdo que cuando se serenaron los ánimos y lo trajeron de vuelta en el vapor *Castro*, de la compañía de Juan Taylor, ahí nos entregaron el barco. ¡Hay que ver que nos dio trabajo, aparte de las calderas que ya no hacían agua! ¡El casco y la arboladura eran una pura masa de moho!

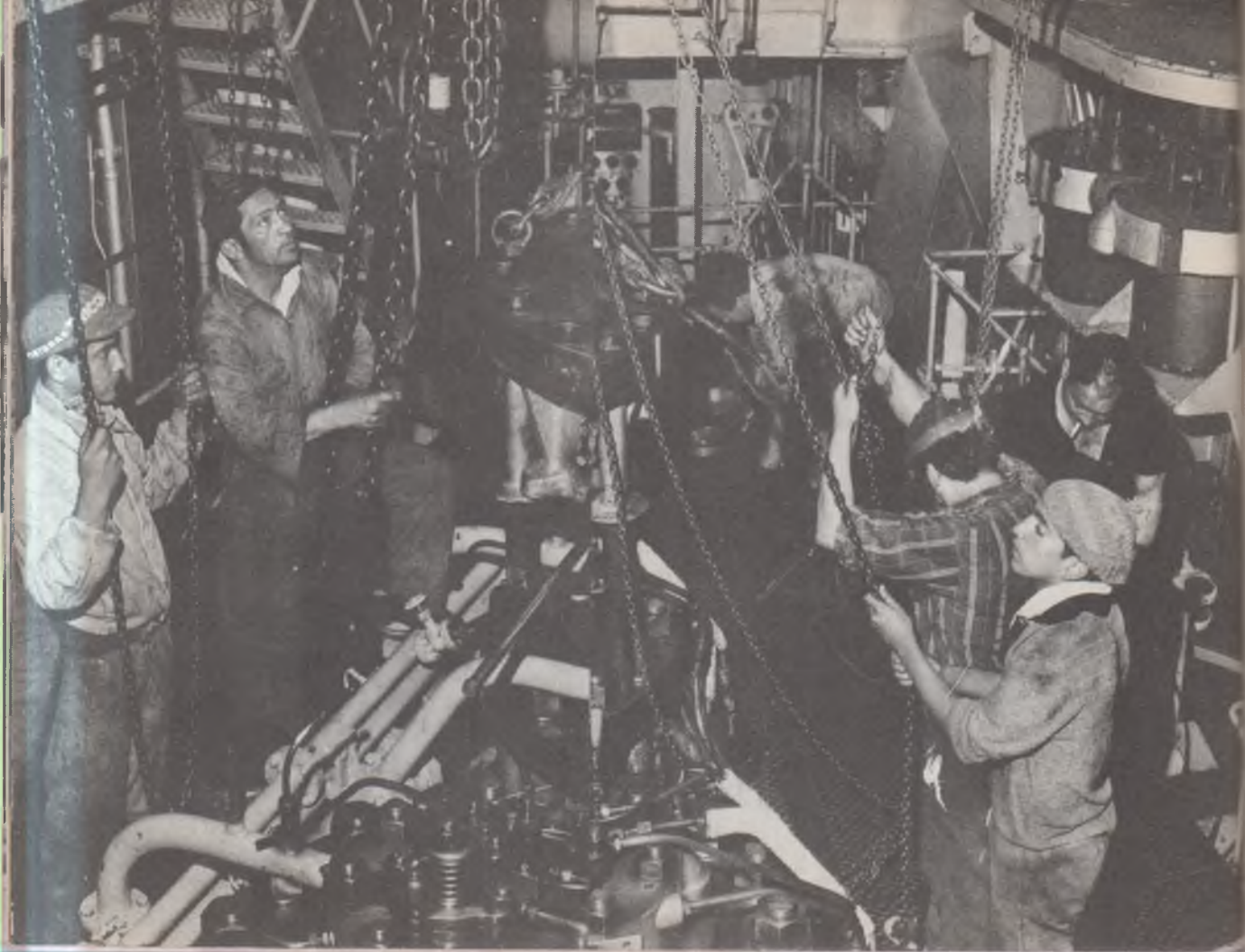
”Mírelo bien al dique. A uno le da pena, es como una ballena que está parando las chalupas. El dique llegó a Chile desde Holanda por el 22. Es de acero y cuando lo estrenaron tenía una capacidad de levantamiento de siete mil quinientas toneladas. Ahora ya no se la puede ni con dos mil quinientas. Los accidentes lo tienen maltrecho y más que una utilidad significa un peligro. El año 40 estaba en el picadero el vapor *Chile* (donde se sienta el buque se llama picadero). Recién lo había comprado la Sudamericana de Vapores. Era un coloso con sus seis mil ochocientas toneladas, pero en Valparaíso los temporales son cosa seria. Cuando soplan los vientos, los barcos sueltan las amarras. Muchas veces no alcanzan a salir y capear el temporal.



Más peligroso todavía si hay barco en el dique. Al *Chile* el temporal le soltó los puntales y se fue contra un costado del dique. Poquito faltó para que lo diera vuelta de campana. El *Chile* se fue a pique y ahí está a ochenta brazas de profundidad. Y siguieron las averías. Sin ir más lejos, fue en octubre de 1970. Estábamos trabajando en la motonave *Navarino*. Era mediodía cuando caímos en la cuenta que el dique estaba bajando, las bombas de achique no funcionaban. El pánico se hizo grande, éramos catorce los picasales trabajando en el barco, que alcanzó a salir con la ayuda de los remolcadores *Caupolicán* y *Ultramar 2.º* de la Armada. Todos pensábamos que el dique se iba a fondo, y estuvo a punto, y se habría llevado a la motonave con todos nosotros si no llegan tan ligero los remolcadores. Ahora mismo está medio ladeado. Han ido subiendo los gobiernos. Desde el año 40 que nos hemos apersonado a las autoridades para prevenirlos del peligro constante y ellos prometen y prometen. Nosotros queremos ayudar en la tarea de la producción.

”Cuando el compañero Allende se vino con su Ministerio para el puerto nos hicimos presente, le dijimos lo necesario que era para el país, lo urgente que era la construcción de un nuevo dique; ahora estamos tranquilos, porque sabemos que el compañero Allende es muy gallo y entiende de todas las cosas de acá del puerto.

”Los picasales nos vemos obligados a jubilar, ganando un promedio de quinientos escudos mensuales, por padecer enfermedades que son propias del oficio y que no respetan edad. Nos ataca el reuma-



Un picasales se considera a sí mismo como "marinero de bahía". Tiene que remontarse desde el fondo de las calderas hasta la proa y la popa de los barcos.





Los picasales fundaron su primer sindicato en 1934, año en que los afiliados llegaban a 180. Eran los buenos tiempos: ahora apenas quedan 39 picasales.





El salario medio de un picasales es de sesenta escudos al día, a lo que se descuenta un 20 por ciento para sindicato y leyes sociales. A veces hay trabajo, y otras no.

tismo, debido a que, estando bajo el agua, el calor se mantiene en las bodegas aunque las calderas estén apagadas. Tenemos cuatro compañeros operados del estómago por efecto de las emanaciones, que también comprometen los bronquios, los pulmones y el corazón. Debemos consumir grandes cantidades de leche. Pero cuando se lo hemos hecho ver a las compañías, nos han respondido que por qué no tomamos vino. ¡Qué vino va a tomar uno cuando después de terminar el turno en los estanques de ácidos subimos a duras penas a cubierta, completamente borrachos por los gases! Casi todos estamos intoxicados por la piroxilina de la pintura protectora. Muchas veces ha sucedido que algunos compañeros, mareados, han caído por la boca de las escotillas. Otros gremios son más afortunados, son provistos de zapatos de seguridad, guantes protectores, máscaras y otros elementos. Nosotros, que conservamos la vida de los barcos, no podemos conservar la vida propia durante mucho tiempo. La pintura anticorrosiva a base de acetona es muy inflamable y produce asfixia. El año 39, en el ballenero *Cóndor* se inflamó un estanque de acetona. Numerosos compañeros murieron y otros quedaron accidentados. Yo mismo, después de rasquetear y pintar, he subido a cubierta para quedar botado y sin conocimiento. Pero si sólo uno pensara en los riesgos de la profesión, se quedaría en el cerro. Todos los oficios tienen sus teclas negras, pero eso es cuestión de las empresas empleadoras, de una mayor o menor comprensión con el trabajador, de una mayor o menor humanidad.



"A lo mejor —termina diciendo Manzanares—, si no viviéramos con el alma en un hilo hasta ni seríamos picasales, y si usted les pregunta a los jóvenes encaramados en los buques, nadie está arrepentido del trabajo que le tocó en suerte, aunque a cada rato tenga que arriesgar la vida.





LOS ORGANILLEROS Y LOS BOMBISTAS

POR JUAN EMILIO LAFONTAINE



Pocos son los que han cursado más allá del tercer año básico, y la mayoría tiene parientes directos o amigos de la familia que han ejercido el oficio. El de los organilleros es otro de los trabajos que se heredan de padres a hijos.

Son personajes típicos de nuestra tierra, que hacen las delicias de niños, jóvenes y adultos al interpretar todo tipo de canciones. Y donde está el organillero está “Matías”, “Perico” o “Teodoro”, el loro simpático y cabalístico que saca la suerte.

Ultimamente se hacen acompañar por “bailarines”, “bombistas”, u “hombres orquestas”, especies de juglares de este siglo, que ponen la pausa que refresca en el quehacer cotidiano, haciendo mil y una piruetas con el bombo y el platillo en un solo instrumento que llevan en la espalda, al compás de la música que emerge del organillo.

Las dificultades que deben sortear estos artistas son innumerables. Al margen del bajo nivel de instrucción que por lo general tienen y que no les permite avanzar e incorporarse a trabajos más remunerativos, no están organizados en un sindicato ni tienen ninguna forma de agrupación. Son continuamente correteados por los carabineros, que en cumplimiento de órdenes superiores requisan sus instrumentos, obligándolos a pagar sumas elevadas por su rescate.

Sin embargo, y a pesar de su vida sacrificada, todavía subsisten, y los que tienen oportunidad de verlos actuar encuentran en ellos un motivo de esparcimiento y una forma de poner alto —siquiera por un momento— a las tensiones diarias.

Pero cada día van quedando menos. Que los instrumentos se descomponen, que hay trabajos menos sacrificados y mejor pagados, o en último término, “que se acabó la salud para seguir trabajando”.

Claudio Guillermo Cortés Castillo es nuevo en el oficio. Con sus diecinueve años de vida ha recorrido Santiago de punta a cabo, Valparaíso, La Serena, y por el sur, hasta Talcahuano. “Hay que tener un poco de alma de pat’e perro para trabajar en esto —señala—, pero se pasa harto bien y se gana para vivir y vestirse.” Desde hace un año y medio que se incorporó a estas labores, gracias a la buena voluntad de un cuñado que le facilitó el instrumento y le enseñó a pulsar las notas. “Estaba yo en mi casa, en La Serena, cuando de repente llegó mi cuñado con su organillo. Me propuso que le ayudara a vender los juguetes (pelotas y sapitos de cartón que meten ruido), a cambio de un porcentaje. Como estaba sin hacer nada, acepté y salí a recorrer mundo. Ligerito me sentí como si toda la vida hubiera andado en esto y no me despegué más de *Clavelito lindo*, *La coqueta*, *La Jota Dolores*, y las otras canciones que interpretábamos. No pasó mucho tiempo antes que me enseñara a “tañar” las notas, porque él estaba cansado y quería dejar el ramo para dedicarse a otras cosas. De tanto verlo, ya sabía algo y no me costó mucho aprender.”

En La Serena la visita constituyó todo un éxito. Era primera vez que llegaba el organillero, y la novedad llegó junto con otras satisfacciones para los ejecutantes. Entrevistas en los diarios y en las radios de la ciudad, convidados aquí y allá, y hasta “muchachas para el mundo”. “Viera usted, jefe, si teníamos que andar a patadas con las peri-



El organillero aparece en cualquier calle de Santiago, ciudad que pareciera dispuesta a expulsarlo en su salto al futuro; pero él sabe que su música todavía es necesaria.

cas. Como a uno lo ven más o menos bien arregladito y saben que no le falta la plata, al tiro se interesan. Pero no todo es papaya. Como uno trabaja delante de gente, no puede hacer lo que quiere, por eso teníamos que aguantarnos hasta que termináramos de tocar. Las que querían de verdad nos esperaban, y ahí sí que podíamos botarnos a enamorados con toda tranquilidad”, cuenta Claudio.

“Otras veces los engominaditos empiezan a fregar la pita. Pero conmigo salen p atrás los futres. No ve que soy boxeador, así es que a más de uno he despeinado, por cargante. Pedro Contreras Benavides es el que relata. “Bombista” es la denominación que más le gusta desde los cuatro años; lleva diecisiete bailando. Su padre tenía un organillo, y en cuanto el niño pudo afirmar los pies sobre la tierra sin perder el equilibrio, le plantó el bombo con el platillo en la espalda y lo sacó a ganar su pan. “Y no me arrepiento de la ocurrencia del viejo —reconoce—. Durante el tiempo que llevo dándole al bombo, nunca he pasado hambre ni frío. Si uno quiere comer, trabaja unas seis horas diarias. Si quiere comer y vestirse, trabaja doce.”

José Antonio Hidalgo Paz, de diecinueve años, lleva cuatro tocando el bombo y bailando. “Cuando yo tenía siete años, mi mamita murió. Como mi papá nunca se preocupó mucho de mí y de mis dos hermanos, ligerito nos dejó botados en la calle. Tuve la suerte que un caballero que conocía a mi mamita me recogiera. Es don Lucho, que todavía vive. El me enseñó a tocar el bombo no hace mucho tiempo



y me largué. También me agarró el oficio y aquí estoy con ganas de seguir en esto hasta que muera, sin aflojarle. He recorrido hasta Vallenar por el norte y hasta Mulchén por el sur. Cada día van quedando menos organilleros y bombistas, y no quiero que se pierda este trabajo, que es tan bonito.”

Los tres amigos andan para arriba y para abajo, juntos. El organillero y los dos bombistas dejan Santiago cada vez que hay una



La figura del organillero con su loro de la suerte y sus pelotitas de aserrín es entrañable para miles de chilenos que gracias a esa música vuelven al tiempo de la infancia.



fiesta "grande". "Hemos ido para la fiesta de la Pampilla chica, en Lonquimay; para el aniversario de Santa Bárbara, un pueblo que queda en Los Angeles para la cordillera; para la fiesta de San Sebastián, en Yumbel, a la fiesta de Lo Vásquez, y muchas otras. Donde la cosa se presente buena, ahí estamos. Como todos somos jóvenes, no importa que no durmamos en cama como la gente por dos o tres días. En donde nos pilla la noche nos tendimos y en los pueblos nunca falta alguien que nos convide un techito."

En Santiago se trabaja en distintos sectores, según el día. Los lunes, martes, miércoles y jueves, a José, Claudio y Pedro se les encuentra con su música y sus saltos en el sector Vicuña Mackenna, Matucana, Estación Alameda, Mapocho y barrios periféricos. Los viernes, sábados y domingos, en el centro. "Para el lado de Providencia vamos muy de tarde en tarde —indica José—, porque el riquero es reapretado. Sin embargo, para el lado de las poblaciones, hay que ver que nos va bien, sobre todo en la venta de juguetes."

Los juguetes son pelotas de aserrín y sapitos. Las pelotas se hacen con un "bollito" de aserrín forrado en papel brillante, aprensadas y amarradas con un elástico. El precio de costo es de trescientos pesos. Se venden a un escudo. Los sapitos son juguetes que emiten ruidos graciosos. Se confeccionan con moldes de cartón en cuyo interior llevan aspas de madera, que producen el sonido. En los materiales gastan quinientos pesos por cada uno y los venden a mil. En un día común y corriente pueden vender hasta cien juguetes.

Además hay otra entretención: el loro o cata que ve la suerte. En una jaula de madera, "Matías", el loro, se pasa la mayor parte del día sacando papelitos que auguran buenos y malos tiempos, la vuelta del ser querido, o el abandono y la miseria. Es un loro cruel, porque es implacable para sus predicciones, aunque no se cumplan jamás, salvo una feliz coincidencia. "Las niñas que trabajan en las casas como cocineras —señala Pedro— son las que más recurren al lorito. Si les da buena suerte lo regalonean. Si no, hasta su garabato le llega al pobre "Matías", pero qué le vamos a hacer, así es el destino." La mantención del loro no es cara. Come un kilo de semillas de cáñamo a la semana, y el kilo vale ocho escudos. "Claro que hay que cuidarlo harto —dice Pedro, su tutor, no porque sea caro, sino porque nos hemos encariñado con él. Todas las mañanas le limpio con mucho cuidado su jaula, lo lavo enterito y le doy semilla, lechuguitas y restos de comida. No es nada de mañoso."

Y Pedro vive con "Matías", su esposa, sus padres y sus tres hermanas. El es el que lleva el peso de la casa, porque su padre está enfermo desde hace tres meses. Era organillero, y de tanto andar ya no le responden las piernas. En una pequeña casa de la Quinta Normal, donde pagan ochenta escudos mensuales de arriendo, la familia de Pedro Contreras pasa sus días.

José y Claudio viven en la Población La Bandera, en el paradero 27 de la Gran Avenida. También habitan una pequeña casa, de propiedad del cuñado de Claudio, donde deben pagar cuatrocientos cincuenta escudos de arriendo al mes.





El organillero reparte alegría como un panadero en medio del tráfico cotidiano, y para los niños su presencia en el barrio es una invitación a la fiesta.

Entre los tres ganan entre ciento y ciento cincuenta escudos diarios, que se los dividen en tres partes iguales. Con ellos comen y se visten, y pagan sus entretenciones. “En realidad no tenemos muchos gastos —dice José—. Como salimos temprano de la casa, nos ahorramos la hora de almuerzo y de comida. Donde nos pilla las dos de la tarde, ahí descargamos los instrumentos y nos comemos un sandwich con un refresco. Al día no gastamos más de quince escudos.

El trabajo lo terminan cerca de las nueve de la noche. “No nos queda mucho tiempo para las entretenciones —cuenta Claudio—. Le pegamos duro en el día y llegamos a la casa a descansar. También hay que cuidar los instrumentos, o salimos a jugar una pichanguita con los compadres del barrio.” Claudio y José juegan por el mismo equipo, “el Bandera”. En cambio, Pedro es aficionado al boxeo. Participa en el campeonato de los barrios, que se disputa en el Gimnasio México. De siete peleas en las que ha participado este año, ha ganado cuatro. “Perdí dos, porque me pegaron —señala—, y una, por no presentarme. Resulta que la pelea era un sábado en la tarde y ese día estaba contratado para ir a actuar al Canal 13, en el programa de Don Francisco. Como no quise perder la oportunidad de presentarme, le dieron el triunfo a mi contendor.”

Cuando el tiempo está lluvioso, no se trabaja. “Esa es una de las cosas buenas que tiene esta pega —dice José—. Trabajamos cuando queremos y por el tiempo que nos parezca. No hay horario fijo, ni somos apatronados. Y cuando no se trabaja se va al cine, o se conversa con los amigos.”



El problema mayor de los organilleros y de los bombistas es que no están organizados en sindicato. "Por eso la gente que arrienda los instrumentos nos pulpea. Nosotros tenemos suerte, porque el organillo y los bombos son del cuñado de Claudio, que apenas nos cobra treinta escudos por día, y cuando está lloviendo no nos cobra nada, porque sabe que no podemos trabajar. En cambio, otros compañeros tienen que pagar mucho más. Un viejo de la Quinta Normal tiene diez organillos. Los arrienda todos los días, y él no tiene para qué hacer nada más. Con eso vive como un rey. Una vez que habíamos como cinco del oficio dispuestos a organizarnos, este viejo se opuso, porque sabe que si estamos todos unidos no va a poder cobrar lo que él quiere."

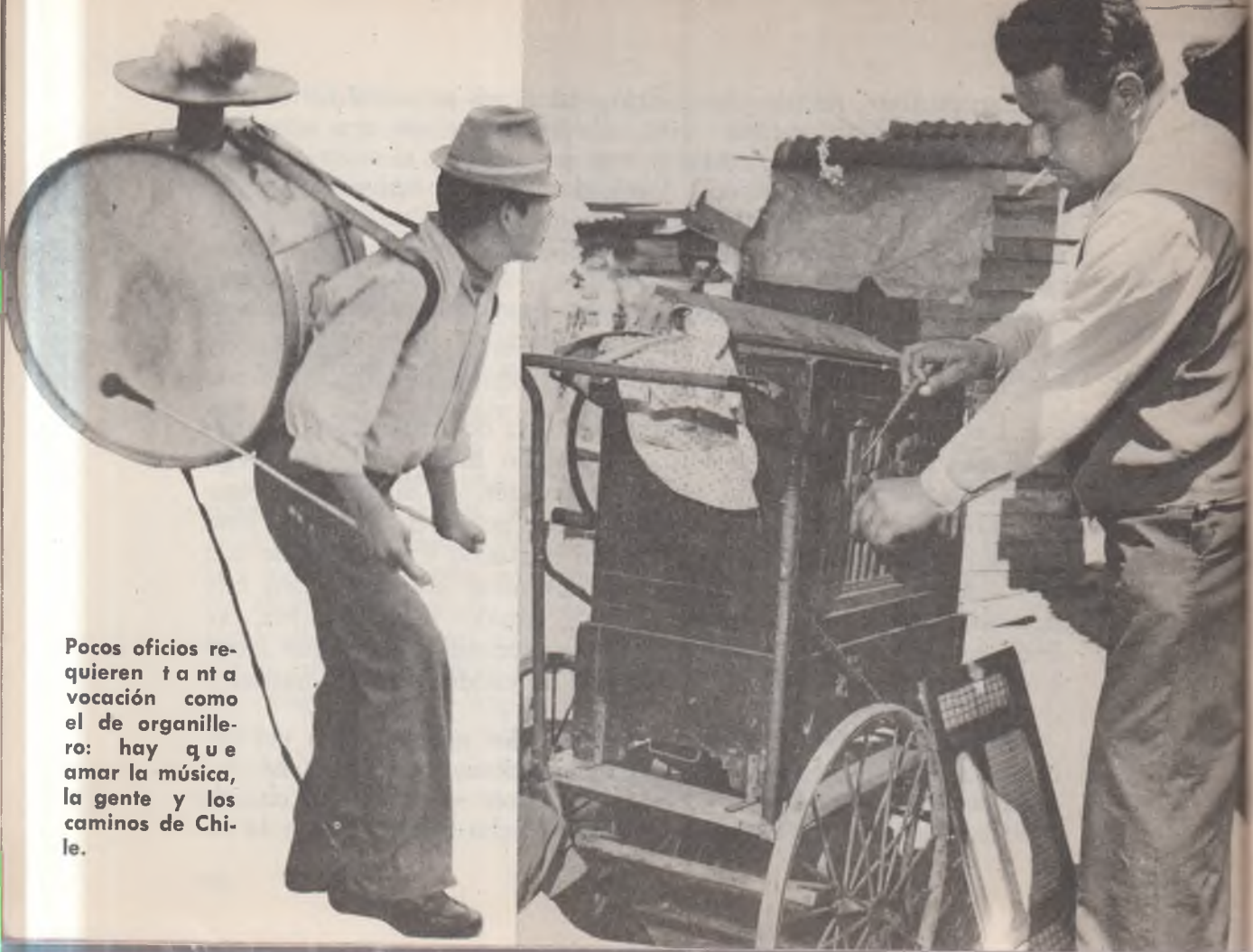
El mismo problema lo tienen con "un tal Venegas", que es el único que sabe arreglar los organillos. "Cuando se echa a perder alguno —habla Claudio—, él es el que los arregla, pero siempre los deja a medio andar, cosa que ligerito haya que arreglarlos de nuevo. Yo me chorié con él el año pasado por carero y sinvergüenza y desde esa fecha que no voy para allá. Por eso he tenido que aprender a componer el instrumento, pero sólo sé arreglar algunas cositas de arriba, como cambiar notas y limpiarlo. Cuando se trata de cambiarle música, estamos embromados, pero todavía no hemos tenido ese problema."

Muchas veces han intentado hablar con el alcalde, "con el del período anterior sobre todo, pero más lo que nos tramitó. Nos citaba para un día y nos postergaba para el siguiente. Al final perdimos tiem-

po y no pudimos decirle nada. Esto mismo nos perjudica harto, porque los carabineros no nos dejan trabajar. Fíjese que nos corretean ligerito de la Plaza de Armas, porque por ahí vive el señor Lisandri y dice que le molesta el ruido". A medida que se va deslizando la conversación, Pedro les da más pasión a sus palabras. "Una vez me llevaron preso y para poder recuperar el organillo y los bombos tuvimos que pagar doscientos ochenta escudos. A los poquitos días nos agarraron de nuevo, y tuvimos que saltar con trescientos veinte. Imagínese lo que eso significa para nosotros, que sacamos poco más de cien lucas al día, claro sí que sin contar los juguetes. Es muy sacrificado. . ."

Los organillos llegaron a Chile hace cerca de medio siglo. Los trajeron al país un importador alemán de apellido Kaplán. El se encargó de distribuirlos y venderlos. Los organillos son de diferentes categorías. Los más chicos tienen dieciséis pitos, como el que usan José, Claudio y Pedro. Funcionan a base de un fuelle y una caja de aire que desemboca en los pitos, que son las notas musicales. Con este instrumento se pueden oír cuecas, valeses, corridos mexicanos, fox, boleros y cumbias. Hay otros organillos de diecinueve pitos, que incorporan a las canciones un número mayor de sonidos y notas musicales.

Sergio Casanova Cifuentes es otro de los representantes del oficio. Tiene treinta y nueve años y hace veintitrés que anda "tañando" el organillo. "Aprendí al lado de un pariente —señala—, al cual le ayudaba a vender juguetes." Casado, con ocho hijos, durante la se-



Pocos oficios requieren tanta vocación como el de organillero: hay que amar la música, la gente y los caminos de Chile.

mana trabaja en la confección de los sapitos y las pelotas, labor en la que le ayudan dos de sus hijos. Sale a terreno sólo dos o tres días de la semana, y recorre principalmente los barrios de la ciudad. Lo acompañan Carlos y Roberto, de dieciséis y de trece años, que junto a su padre han aprendido a tocar y a bailar con el bombo. El hijo mayor, Sergio, de diecisiete años, también está en el oficio, pero sólo los fines de semana, ya que de lunes a viernes trabaja en una pastelería.

Casanova Cifuentes explica el arte de tañar el organillo. "Todo depende de la velocidad con que se gire la manivela. Si se quiere tocar una cueca, hay que darle rápido. Para un corrido mexicano, un poco más lento, y así hasta el tango y el vals, que son los que se deben tocar a una menor velocidad."

"La vida es dura —señala Casanova—. Si no trabaja toda la familia, resultaría difícil poder parar la olla. A mis hijos no ha habido caso de darles mucha instrucción. Sin embargo, el Sergio, que trabaja en una pastelería, tira para arriba. Es empeñoso el cauro. Va a salir adelante."

Colección

NOSOTROS LOS CHILENOS



- Los jueves, cada 15 días, un nuevo libro en su biblioteca.

3 primeros testimonios de la Colección NOSOTROS LOS CHILENOS. Amplia visión acerca de qué y quiénes somos y la realidad que vivimos.

🕒 Los jueves, cada 15 días

🕒 Los jueves, cada 15 días



1 QUIEN ES CHILE

2 ASI TRABAJO YO

3 LA LUCHA POR LA TIERRA





Colgando de los andamios, perforando la tierra, e alegrando a los transeúntes, los picasales de Valparaíso, los obreros de Sewell y los organilleros y bombistas reflejan el empuje de un Chile nuevo.